



# En busca de un “cronorrefugio”

Una versión búlgara de la memoria histórica literaria

*Las tempestálidas*

GUEORGUI GOSPODÍNOV

Logroño, Fulgencio Pimentel, 2022

Traducción de César Sánchez y María Vútova

408 páginas

ISBN 978-84-17617-34-9

MARC CASALS

Escritor y traductor especializado en los Balcanes

DOI 10.5565/rev/tdevorado.212



“Y bien, el tema es la memoria”, advierte una nota al principio de *Las tempestálidas* (2023), la obra más reciente de Gueorgui Gospodínov, flamante Premio Internacional Booker junto a su traductora al inglés, Angela Rodel. Si en *Novela natural* (2020) escribía a partir del divorcio y en *Física de la tristeza* (2018) tomaba la figura del Minotauro como hilo para orientarse en un laberinto narrativo, ahora el más prestigioso de los autores búlgaros contemporáneos sondea el pasado y la forma en que lo recordamos –o elegimos recordarlo– en tanto que individuos y también como colectividad.

En el arranque de las *Las tempestálidas* está una clínica que “produce pasado”, es decir, ofrece a los ancianos que padecen Alzheimer, demencia senil u otras enfermedades de la memoria un entorno que recrea una época pretérita que aún son capaces de procesar. Este “refugio de tiempo” o “cronorrefugio” se encuentra en Suiza –país situado en el “grado cero de la historia” por su tradicional neutralidad geopolítica– y cuenta con varios espacios divididos por décadas. Sin embargo, su elemento fundamental son los pacientes, ya que, tal como afirma su director: “No hay más máquina del tiempo que el hombre”.

Por la clínica vemos desfilar a una galería de personajes olvidadizos. El rumano Mircea no recuerda la gris cotidianidad socialista, sino una América idealizada donde jamás vivió; el señor N. reconstruye su pasado con la ayuda del agente de los servicios secretos búlgaros que le espiaba, y un abuelo juega al escondite por la clínica tal como hacía de pequeño: “Al abandonarnos, la memoria nos deja jugar un poco, por última vez, en los eternos campos de la infancia. Unos cuantos minutos más, te lo suplico, solo cinco, por favor, como en los viejos tiempos [...], antes de que nos llamen a casa para siempre”.

Como buen escritor posmoderno, Gospodínov se complace en difuminar las fronteras entre autor, narrador y protagonista, en este caso, un personaje excéntrico llamado “Gaustín” que ya aparecía en *Física de la tristeza*. Gaustín, director de la clínica e investigador del pasado, a veces se rebela contra el narrador y otras se confunde con él. La última parte reúne notas dispersas sobre la memoria de alguien –¿autor, narrador, protagonista?– que la está perdiendo: hay recuerdos personales, apuntes sobre mitología y antropología, microrrelatos de tono crepuscular, regresiones a la infancia... recuerdos cada vez más precarios que se van desmigajando hasta su fin.

Antes, el libro cambia su tono reflexivo por uno satírico para abordar la cuestión de la memoria colectiva. Tras el éxito de los cronorrefugios, Gaustín recibe la visita de unos emisarios de la Unión Europea, la cual, por su incapacidad para generar un relato cohesionador, ha optado por dejar a cada Estado miembro vivir en el momento de su historia contemporánea que elija. La celebración de referéndums a tal efecto con varias opciones candidatas permite a Gospodínov glosar la historia, cultura y sociedad de los distintos países, así como resaltar las diferencias entre Europa Occidental y Oriental: en el Este, 1989 siempre es un año a tener en cuenta.

De todos los referéndums, la novela se centra en el de Bulgaria, el país natal de Gospodínov, donde las principales opciones candidatas son dos: los nostálgicos del socialismo, hombres de atuendo gris y mujeres peinadas con laca, agitan banderitas rojas en los mítines mientras escuchan discursos sobre un supuesto futuro radiante; los nacionalistas, ataviados con trajes tradicionales y parafernalia de los tiempos de la liberación del turco, bailan danzas populares en corro.

Aunque luego descubrimos que su oposición es relativa, son las dos únicas concepciones del pasado búlgaro con atractivo suficiente como para que el grueso de la población quiera volver a él.

Entre estas supuestas edades de oro no figuran los años 90, la década de juventud de Gospodínov: el narrador constata sus ruinas y el envilecimiento o la impotencia de sus compañeros de generación. En un posfacio a *Novela natural* con motivo de su 15º aniversario, Gospodínov dedicaba el libro no a una persona, sino a los 90, ya que solo podía haber sido escrito en ese momento: “El siglo estaba joven durante sus últimos años: cayeron muros, la lengua se abrió, todo parecía posible y alcanzable, todo volvía a empezar. Nos tocó esto: ser jóvenes por última vez en los noventa. Atravesar toda su miseria y toda su admirable sensación de libertad y comunión”.

Las decepciones sumieron a esos rebeldes en la melancolía: “Allí, en alguna parte, tuvimos y perdimos a mujeres y amigos, sentido y esperanza. Nuestras baladas y nuestros desmoronamientos eran parte de unos desmoronamientos mayores”. Al reguero de sinsabores que cualquier individuo acumula durante la vida se le sumó el hundimiento de los sueños engendrados por la transición. El viejo orden se desmoronó y el nuevo no ha alcanzado las expectativas, así que a la generación de Gospodínov solo le queda la nostalgia. Paseando por Sofía, el narrador de *Las tempestálidas* se lamenta: “Aquí, cada lugar es otro ex lugar”.

“El pasado, la tristeza y la literatura: solo me interesan esas tres ballenas ingrátas”, leemos en *Física de la tristeza*. De los tres elementos, en el universo de Gospodínov es la literatura el que redime a los demás. El narrador de *Física de la tristeza* concibe la propia novela como una cápsula del tiempo, al estilo de las que antiguamente se enterraban para que las encontrasen los humanos del futuro. Su sucesor en *Las tempestálidas* es asiduo a una biblioteca de Brooklyn porque, al contemplar su acumulación de libros, al fin siente paz: “Me hundo en la fresca gruta de la biblioteca como si lo hiciera en otro tiempo. Mi cronorrefugio”.